

y darle á entender que esta recomenzaría en cuanto abandonasen su refugio.

Fiamma adivinó lo que pasaba en el ánimo de Glorieta, tranquilizándola en el acto con una sonrisa.

— No, — dijo tomándola por la mano : — si fuéramos por ahí no podríamos pasar inadvertidas. Seguidme y tened en mí completa confianza.

Así diciendo llevóla hacia el ángulo opuesto al en que se encontraban, y tocó con el dedo un motivo de ornamentación del muro, que parecía macizo, quedando entonces al descubierto un hueco, por el que penetraron ambas jóvenes, encontrándose en un espacio reducidísimo, que tenía algo de tumba ó de calabozo.

— Esto, — dijo Fiamma — es el sitio secreto en el que Enriqueta de Cleves escondía la cabeza de su amante; ya comprenderéis que ella procuraba sustraer dicha reliquia á las investigaciones del señor de Nevers, su marido... Tranquilizaos; — añadió observando que Glorieta temblaba. — No se trata de permanecer aquí mucho tiempo : al contrario, ya veis que no hacemos más que atravesarlo.

Así era en efecto. Del lado allá del exiguo espacio de que acabamos de hablar encontrábase un gabinete tocador, en el que penetraron á su vez. Luego, atravesando oblicuamente el cuarto de dormir, llegaron por un pasillo no muy largo aunque sí estrecho, á una escalera cuyos peldaños descendieron con prudencia.

Todo había marchado bien hasta entonces. Sin embargo, tras de la puerta baja que ponía en comunicación la escalera con el mundo exterior, comenzaba en

X

LA ASCENSIÓN DE LOS APÓSTOLES

— Llevadme hasta la escalera de la torre de Nesle.
— Voy á conducirlos á ella. Venid.

Tales fueron las dos últimas frases cambiadas, una por escrito y otra de palabra, entre las dos jóvenes disfrazadas que habíanse introducido en el salón de Coconás, huyendo de la impertinente persecución de los cortesanos.

Los no iniciados en la topografía de aquellos salones, hubieran podido creer que en el llamado de Coconás no había más que una salida, que era al mismo tiempo la entrada : esto es, la puerta recayente al salón contiguo, en el que quedaba la alegre concurrencia invitada á la fiesta. También Glorieta lo creyó así, y al escuchar el ofrecimiento de su compañera miró con angustia hacia la puerta, como si pretendiera recordarle la persecución de que acababan de ser víctimas

realidad lo desconocido. Debían las jóvenes atravesar un gran espacio descubierto del que formaban parte patios, callejuelas, y también el pasaje medio público que terminaba extramuros de la ciudad.

Fiamma oprimió la mano de su compañera, y permaneció un momento tras de la puerta, escuchando con ansia... Era indudable que por allí cerca hallábanse instaladas numerosas personas, á juzgar por el rumor confuso que hasta ellas llegaba, compuesto de interpe-laciones y de respuestas formuladas en lengua extraña.

— Menos mal; — dijo enderezándose. — Podemos decir que estamos de suerte, porque esas gentes cuyas voces llegan hasta nosotros, son amigas del amo.

Fiamma y Glorieta salieron. Un momento después se hallaban rodeadas de buen número de tipos inverosímiles entre los que era fácil distinguir á algunos personajes á quienes ya conocemos, dignatarios más ó menos importantes de la famosa Corte de los milagros.

Sin la presencia de espíritu de Fiamma que tuvo la feliz ocurrencia de quitarse el antifaz, ni ella ni su compañera hubieran podido dar un paso adelante.

— ¡Dejadnos pasar! — suplicó la discípula de Salem-Kebir.

Algunos de los truhanes que las rodeaban manifestábanse dispuestos á acceder á su ruego, pero otros, más tenaces, oponían al paso de las jóvenes una resistencia que no por lo pasiva era menos inoportuna.

Afortunadamente para ellas llegó por allí Divina la loca, y al punto abriéronse las filas, y con ayuda de

Almizcle, de Tafouilleux y de Margarita pudo Fiamma deslizarse entre la cola de harapientos, llevando siempre de la mano á la mudita.

Un momento después, y gracias á una rápida carrera, llegaban al pie del pórtico de piedras en la espesura del cual abríase el rastrillo de la torre.

Al volversé, para cerciorarse de que nadie las había seguido, vió Fiamma cómo una sombra rampante, iluminada en ciertos momentos por las llamas de las cocinas instaladas al aire libre, se acercaba ocultándose hacia ellas.

— ¿Quién vá allá? — preguntó sordamente, mientras se armaba de un estilete de mango nacarado que acababa de sacar de sus ropas entreabiertas.

— ¡Amigo! — contestó la sombra enderezándose. — Y quietas las manos, que soy yo, Tafouilleux. Vengo de parte de mi camarada Almizcle á deciros esto: Si tenéis intención de visitar la torre, la puerta está abierta; podéis pues aprovechar la ocasión. Pero haced lo posible por no trapezaros con la soldadesca... En este momento opera una ronda que pasa cada media hora... Ya estáis prevenidas.

Dicho esto, el leal Tafouilleux volvió á reunirse con los suyos que habíanse quedado rodeando á su venerada Divina la loca.

Fiamma habíase detenido preguntándose si debía continuar su peligrosa expedición. En aquel momento le presentó Glorieta su tamboril en el que acababa de escribir estas palabras:

— « Gracias por haberme conducido hasta aquí.

Aunque ahora empieza el verdadero peligro, como sé el camino que he de recorrer, os ruego que me dejéis sola.

— ¿Dejaros ir sola, cuando hay peligro en ello? — protestó la abnegada oriental. — De ninguna manera; fuera eso una cobardía incalificable. No, no, iré con vos, donde quiera que sea y pase lo que pase. Estoy aquí para defenderos y para servirlos.

— « Yo sirvo á mi vez al señor de Villanueva y al caballero de Arma; — escribió la rubia. — Si queréis ayudarlos como yo, subamos. »

Esta vez fué Glorieta la que pasó primero. Luego de empujar la puerta de hierro, avanzó sin vacilar no obstante la sombra espesa en que hallábase sumido el interior de la torre.

Esta, más que tal parecía una estrecha y alta chimenea cuyo hueco llenaba por completo la caja de una escalera, al parecer interminable. Nada penetraba hasta ella del mundo exterior: ni los sonidos, ni la luz; sin embargo, adivinábase que allí dentro un ruido cualquiera hecho en el sombrío tubo, debía adquirir gran sonoridad.

Pero como el silencio era tan absoluto como la obscuridad, hacíase posible avanzar sin temor alguno á desagradables sorpresas.

Glorieta y Fiamma contaban los escalones que subían.

Cuando llegaron al que hacía el número doscientos cincuenta y siete, advirtieron que la sombra que hasta entonces las rodeara era mucho menos densa; luego

sus ojos se hicieron á la luz y hasta sus oídos llegó el rumor de gritos, de cantos, y de notas musicales; los soldados, los truhanes, la fiesta.

Hallábanse las jóvenes en la plataforma, y desde ella dominaban la ciudad.

El fuerte viento que barría la terraza introduciéndose indiscreto bajo sus ligeros vestidos, estuvo á punto de arrojarlas de nuevo á la escalera. Glorieta fué la primera en recobrar el equilibrio. Seguida á alguna distancia por Fiamma, menos aguerrida que ella en el peligroso ejercicio de recorrer las alturas, dió la vuelta á las almenas inclinándose hacia fuera casi en cada uno de los huecos. Gracias á esta táctica pudo darse cuenta de las posiciones que ocupaban las diferentes fuerzas diseminadas en torno del Hotel; de lo que era la plataforma inferior, la de la torre propiamente dicha, en la cual vigilaban dos centinelas, y por último consagrar una mirada al río. Al hacer esto último, lanzó un grito ahogado, haciéndose inmediatamente atrás.

Fiamma miró á su vez.

— ¡Dios nos ayude! — pensó. — Si lo que esta niña ha dicho es cierto, ¿qué vienen á hacer aquí el gran marqués y el caballero?

Debajo de ella, al pie de la torre brillaba un farol rojo. Y como según hemos dicho, la base de la gigantesca torre descansaba en el agua, quedando solo á seco durante los meses de junio y septiembre, era indudable que aquellos hombres audaces, que tenían la intención de penetrar en la torre, no habiendo

podido llegar hasta ella por los caminos ordinarios demasiado bien guardados, habíanse procurado una barca.

¿Pero para qué podía servirles ésta, puesto que ellos no tenían alas, y solo á las aves era permitido intentar el escalo de la gigantesca muralla de ciento cincuenta y cinco pies de elevación?

Era tal el espanto de Fiamma al pensar que aquellos hombres llegaban allí con la pretensión de escalar la torre, que luego de advertida la presencia de los mismos, se volvió hacia Glorieta para interrogarla.

Pero no tuvo necesidad de formular pregunta alguna. Una ojeada le bastó para comprender que iba á intentarse la realización de lo que parecía irrealizable.

Glorieta había desarrollado en efecto el cordoncillo de seda que adornaba su tamboril, haciendo luego una seña que no dejaba lugar á dudas. Era necesario un peso. La vidente de Salem Kebir ató entonces su estilete al extremo del cordoncillo, y este fué lanzado al vacío.

Una sacudida apenas perceptible les advirtió momentos después de que el extremo libre había llegado á su destino.

Entonces la muda dióse á tirar con todas sus fuerzas. Sus esfuerzos resultaron inútiles. Quiso ayudarla Fiamma, y el resultado fué igualmente negativo.

— ¿Se habrán atadolos dos al extremo de esto? — murmuró la oriental agitando el cordoncillo.

Y he aquí que en aquel mismo momento la apurada Glorieta que miraba á todos lados ganosa de descubrir

algo que poder utilizar para un trabajo que hiciese indispensable, acertó á ver un torno colocado junto á la base de cierto antiguo madero que debió servir de horca en tiempos no lejanos. Verlo y atar al mismo el extremo del cordón fué para la muchacha obra de pocos segundos.

Ya era tiempo. Uniendo sus esfuerzos ambas mujeres, comenzaron á dar vueltas al manubrio que accionaba el torno, y arrollándose al cilindro del mismo, el cordón fué subiendo poco á poco.

Al cabo de algunos minutos de dura labor, cuando ya el sudor inundaba sus frentes á pesar del aire y de lo ligero de sus vestiduras, lograron llevar hasta la boca de la almena el extremo superior de un enorme calabrote, que entre ambas fijaron al guindaste. Y como en aquel observaron fuertes nudos espaciados á intervalos regulares, atravesaron por el primero de ellos una barra de hierro que, fijada luego transversalmente en el suelo, comunicó á la improvisada escala la necesaria resistencia.

Solo entonces las dos jóvenes, cuya resistencia física parecia agotada, se dejaron caer al suelo, pensando en enjugar el copioso sudor que inundaba sus rostros.

Así esperaron algún tiempo.

Distraida por el trabajo que hasta entonces la ocupara, la vidente de Salem-Kébir no se había aún preguntado con qué objeto asaltaban la torre de Nesle el prisionero fugitivo de Vincennes y su poderoso auxiliar el vencedor de los miñones del rey. De este asunto no sabía ella ni una palabra; y su ignorancia de los pro-

pósitos de los asaltantes la ponía en el caso de preguntarse si la ayuda que ella prestaba á estos últimos podría ó no entorpecer los proyectos de su protector y maestro. ¿Preguntar á Glorieta? Imposible. La muda solo sabía escribir, y la obscuridad reinante en la plataforma no permitía la lectura de ningún escrito.

Apoiada se hallaba contra la almena tratando de percibir los ruidos que llegaban del exterior, cuando en la plataforma inferior brilló una luz, al mismo tiempo que en la escalera se dejaba oír el rumor de los pasos de algunas personas que llegaban por aquella parte.

Era la patrulla.

Las dos jóvenes, llenas de espanto, oyeron distintamente la voz del capitán de Bervic, que gritaba :

— ¡Visitad lo alto de la torrecilla!

De un salto se pusieron en pie las dos muchachas. Fiamma, decidida á defender á Glorieta, empuñó el mango de su estilete reconquistado.

Hizo la muda un ademán, como para ordenarle que no hablase, y con el dedo le señaló el hueco de la almena, al que estaba ya fijado el cable de nudos.

Si : era el único camino. Glorieta acababa de saltar, y agarrada á la cuerda balanceábase sobre el abismo. Helada de espanto, aunque sostenida por su orgullo, la morena quiso mostrarse digna de su compañera, y se deslizó á su vez á lo largo de la cuerda, quedando así ambas á cubierto.

Algunos hombres con antorchas invadieron la terraza.

— Lo que os decía, capitán, — aseguró un guardia.

— ¡Nadie, ni un gato!

— Verdad es; — dijo Bervic. — Cualquiera para aquí, con este ventarrón. Vaya, muchachos, vamos á vaciar una botella.

Desaparecieron las antorchas, y los pasos se alejaron.

Entonces reaparecieron Glorieta y Fiamma, dejándose caer, casi desfallecidas sobre el parapeto. Esta vez estaban literalmente heladas.

Pero si Glorieta oraba mentalmente por aquellos á quienes la tormenta debía balancear sobre el abismo, Fiamma sentíase confiada en el éxito de la audaz tentativa, porque el caballero hallábase en posesión de un escudo superior por sus virtudes al de Palas; su brazaletes de piedras preciosas, engarzadas con arreglo á la fórmula del *Ratnapariksa* indio de Buddhahatta.

Veamos cómo había ocupado su tiempo el marqués de Villanueva-Marsan desde el momento en que lo dejamos esperando la llegada de Sed de Amor hasta el en que lo encontramos con éste al pie de la siniestra torre.

Cuando la marquesa y Glorieta se alejaron dirigiéndose á la fiesta que se daba en el Hotel de Nesle, el gran marqués se hizo abrir la puerta de la armería, dando enseguida orden al viejo Cortansio de tomar á sus órdenes á don Mateo, capellán de la casa, y apostarse con él en la galería, á la puerta de sus habitaciones, relevando á Gualberto Peiragude.

Su consigna no podía ser más sencilla; impedir á los que se hallaban reunidos allí dentro, incluso á su *alter ego*, esto es al falso marqués, que saliesen. Caso de que pidiesen de comer ó de beber, debía servirseles

sin regateos, encargándose Pierrila de satisfacer estos gastronómicos deseos.

Cubierta así prudentemente su retirada, hizo sacar el marqués del almacén de armas, y amontonarlos en el patio de honor, algunos arcabuces, picas, rodelas y puñales, todo ello en cantidad suficiente para armar á los tres Peiragude que ya le rodeaban, y á los cuatro hombres de refuerzo que debía llevarle Bernardo de Arma.

Cuando éste compareció, fué grande la sorpresa del marqués al observar que la *cadena* había aumentado considerablemente con el refuerzo de los voluntarios reclutados en la casa de las miñanas.

Todo el mundo quedó empleado. Una vez adjunto *Diógenes* á los centinelas de la galería y puestas las dos bellacas Faustina y Mariola bajo la vigilancia de Francisca, el gran marqués hizo llamar á Pierrila y le comunicó sus órdenes en voz baja.

— Podrá suceder — le dijo — que me sea necesaria la presencia en el sitio á donde voy, del hombre que está encerrado en mis habitaciones. Será pues preciso hacerle salir de aquí con gran sigilo un poco antes de media noche, sin más escolta que la de Cortansio y *Diógenes*, que es más que suficiente, porque se trata de un cobarde. Fijate bien : á media noche en punto, Cortansio deberá llamar á la puerta exterior del hogar de Nesle gritando : ¡A todo! Se le abrirá la puerta, y deberá seguir á sus introductores. Nada más. Anda y no lo olvides.

Cuando se hubo alejado la muchacha, dirigióse el

marqués á sus hombres, hablándoles en estos términos :

— Amigos míos, y al decir esto no aludo á los tres descreídos que por sus crímenes están en nuestro poder y que siendo nuestros esclavos deberán obedecernos, amigos míos, está á punto de cometerse un crimen monstruoso en las dependencias del Hotel de Nesle, en torno al cual, y para asegurar la comisión del delito, vela un verdadero ejército compuesto de extranjeros mercenarios y de gentuza de baja estofa. Pues bien, yo, Villanueva-Marsan, y el caballero de Arma que se digna secundarme aun cuando no conoce cuáles son mis propósitos ni las razones que me impulsan á proceder como lo hago, hemos jurado impedir á toda costa la abominación tramada por unos cuantos ambiciosos sin escrúpulos. Sin embargo, si yo estoy dispuesto *a todo*; si el caballero lo está también, ¿*Por qué no?* — son nuestras divisas respectivas — no debo ocultaros que los peligros que lleva aparejados nuestra expedición son tales que tenemos noventa y nueve probabilidades de perecer en la demanda, contra una de llevar á buen término mis propósitos. La lealtad me obliga á expresarme así, tanto más cuanto que hay entre vosotros gentes que nada me deben y que apenas me conocen. Pueden pues retirarse aquellos á quienes no tiene la aventura, sin necesidad de que yo les conozca, para no dejar de estimarlos.

— ¡Cuernos y tripas! — juró Cortomontel, — Carlomagno contaba con algunos barones, mientras que el señor caballero no tiene más que uno que le siga...

— ¡Dos! — suspiró Matraca.

— Bueno, dos, si contamos al barón Botan. Pero son dos de los buenos.

La Fraicheur y sus ayudantes no habían hablado aún. No es que vacilasen. Es que deseaban revestir su compromiso de cierta nobleza.

— Señor marqués, — dijo por fin el viejo maestro luego de consultar á sus dos amigos, — la nombraría creciente del señor caballero que fué discípulo mío, hace que una parte de su gloria alcance á mi humilde personalidad, así como á mi sala, reportándonos una consideración y respeto que no nos es dado desconocer. Por eso, siendo como es de los vuestros mi ilustre discípulo de Briac, Claravoche, mi primer ayudante, Torñole, que lo es segundo y yo, La Fraicheur, hemos decidido poner á vuestro servicio nuestras espadas cómo y dónde os convenga.

— ¡Día de Dios! — murmuró el marqués conmovido á pesar suyo — ni una defección... ¡Esto consuela!

Y mientras se procedía á la distribución de las armas, siguió diciendo :

— Hay que preverlo todo, incluso un fracaso, ó la contingencia de que alguno de los nuestros sea apresado con vida, lo cual sería una verdadera desgracia. Si tal pasa, si alguno de nosotros cae prisionero, es preciso, para salvaguardia de todos, que resulten anónimos. Cada uno de nosotros va pues á escoger un mote. Necesitaremos...

— Once, — dijo Bernardo. — Somos once; uno menos que los apóstoles.

Esta observación sugirió al señor de Villanueva una idea singular.

— Seamos doce, como los apóstoles; — decidió. — Así podremos reconocernos unos y otros y tendremos un excelente medio de contarnos.

— ¿Quién será Judas?

Este nombre lo hizo retroceder á todos. El apóstol traidor no encontró partidario alguno entre los allí reunidos.

— Este; — propuso el guardián del Priorato del Cuenco, dejando caer su mano velluda sobre el hombro del más débil de los presos. — Es travieso como un mono, hipócrita y cobarde.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó el marqués.

— Ismael, señor.

Era en efecto Ismael, el gitano preferido de Phtah, el espía de Sed de Sangre. El mismo cuya traición había permitido á la reina de las gipsias llevar á buen término la espantosa tragedia de Astaffort. La casualidad, que á veces hace bien las cosas, acababa de ponerlo entre las manos de aquel á quien quiso matar siendo aún un niño. ¿Qué iba á resultar de tal encuentro?

— Tú serás Judas; — decidió el marqués.

— Señor, — propuso Sed de Amor, — Pedro era el príncipe de los apóstoles. Vos debéis tomar su nombre y representación entre nosotros.

— Sí, hijo mío, — contestó el marqués, — pero á condición de que tú seas Pablo, mi lugarteniente.

Uno tras otro, distribuyó luego los demás nombres entre los expedicionarios.

— El maestro La Fraicheur será Simón, y sus dos ayudantes, Felipe y Mateo; Faraubras, Didimo; ese gordinflón — esto iba por Matraca — Tadeo; Colombán será Juan el Bautista, y sus dos hijos los dos Santiagos. Por último, ese incorregible blasfemador largo y delgado — señalando á Cortomontel — se llamará Andrés.

Hecha y aceptada la repartición de nombres púsose la comitiva en marcha, dirigiéndose silenciosamente al Sena, al sitio en que se hallaba amarrada la barcaza de la puerta Nueva, previamente capturada por los Peiragude.

Podrían ser las once de la noche cuando la proa de la pesada embarcación chocó contra la base viva de la torre en forma tan brusca, que los dos ganapanes no incorporados á la compañía de los apóstoles y á los cuales habíase empleado en una ruda tarea hubieron de abandonar los remos para impedir, apoyando sus manos en el muro, que la barcaza se estrellase contra el mismo.

La tormenta prevista por Fiamma desencadenábase en efecto en aquellos instantes con violencia inusitada y el barco veíase hundido y levantado alternativamente por las aguas que en corriente impetuosa llegaban á estrellarse contra los cimientos de la torre.

— ¿Tenéis á alguien en el parapeto, señor? — preguntó Sed de Amor en voz baja.

— Hasta que no hayamos conseguido la victoria —

dijo el marqués — os prohibo toda fórmula de respeto en lo que me concierne. Pedro no era más que un humilde pescador y Pablo un vulgar ciudadano romano. Sí, allá arriba tenemos á uno, mejor dicho á una... Pero puesto que estamos bajo la cornisa, que nos oculta á todas las miradas — añadió el marqués en voz alta — encended el farol rojo.

En los alrededores de la torre, en tierra firme, la animación no decaía un solo instante. Por el lado del barrio de la Universidad los alegres y apestosos súbditos de la Corte de los milagros, danzaban y bebían descuidados, poniéndose á temple para cortar las bolsas y los mantos de los invitados á la nocturna fiesta cuando éstos se retirasen, tarea para la cual creían sinceramente hallarse allí reunidos. El marqués tenía pues razón. Era cosa de aprovechar el tiempo.

Acababa apenas de arder la mecha del farol rojo cuando algo elástico que parecía tener la forma de una culebra pasó silbando junto al rostro de Matraca.

— ¡Ventre de pulgá! — exclamó el escudero. — ¡Una serpiente!

— No, hombre, no; — rectificó Cortomontel; — se trata solo de una cuerda... Pero, ¿qué veo? La cuerda tenía un aguijón, y nosotros contamos con un traidor de menos.

Al caer la cuerda con el estilete de Fiamma, éste habíase clavado hasta el mango en el cráneo de uno de los dos remeros, quien cayó al agua sin pronunciar siquiera una palabra.

Faraubras arrancó el puñal, y sin desatarlo del cor-

dón, anudó éste al extremo de la cuerda de nudos, de la que ya habíase servido con anterioridad para organizar la famosa cadena, é imprimió al todo una ligera sacudida, como indicando á los de arriba que podían tirar.

Cuando Sed de Amor y el gran marqués se aseguraron, colgándose ambos de la cuerda, de que ésta estaba sólidamente atada, dió el último la señal de la ascensión.

— Subid por este orden: Ismael el primero; tras él La Fraicheur. ¡Ojo, maestro con ese Judas! El gordinflón el tercero; luego Silvain; Faraubras, cinco; Torñoles, seis; Clavaroche, siete; Colomban, ocho; Gualberto, nueve; el grandullón que jura á cada palabra, diez; vos, hijo mío, el oncenno...

— No, — dijo Bernardo. — Yo, señor, soy menos útil que vos. ¿Qué sería de nuestras gentes si llegareis á faltarles? Creedme; pasad delante.

El marqués vacilaba.

— Es que...

— ¿Qué? — preguntó Bernardo; — ¿tenéis aún algo que hacer aquí?

— Sí; empujar la barcaza para que la arrastre la corriente.

Sed de Amor experimentó un momento de angustia.

— Y si...

— ¿Queréis decir que puede ocurrírseos bajar por el mismo camino por el que vamos á subir, no es eso? Pues bien, es preciso que si se nos ocurre no podamos hacerlo; — gruñó sordamente el marqués.

— Queda un hombre en el barco, y ése puede acercarlo de nuevo; — objetó Bernardo.

Y el marqués, que sin duda lo había previsto todo, hubo de añadir:

— No, porque ya hace rato que eché los remos á la corriente, y deben estar lejos.

El joven bajó la cabeza.

— Excesivamente ruda me parece la precaución — dijo — pero puesto que así lo habéis dispuesto... Quedamos en que toda salvación por este sitio es imposible. Bueno, pues subid.

El señor de Villanueva se agarró á la cuerda, siguiéndole Bernardo inmediatamente.

La ascensión del racimo humano operóse al principio sin grandes dificultades, pues la serpiente de cáñamo rozaba los escarpados cimientos de la agustiniana construcción apoyándose en ellos por decirlo así. Sin embargo, como á cierta altura el muro era vertical y liso, y como el extremo superior de la cuerda descansaba en una saliente de la almena, el humano péndulo, accionado por el aire, fué adquiriendo un normal pero peligroso movimiento oscilatorio.

Una vez establecido el movimiento de va y ven, lejos de detenerse, acentuóse cada vez más, en términos que el racimo de hombres se alejaba bruscamente de la muralla, como si una fuerza desconocida lo lanzase de pronto al espacio, para volver de nuevo á chocar contra las asperezas de la piedra, rebotando entonces con sordo y siniestro ruido.

De ninguno de aquellos pechos anhelantes se esca-

paba una sola queja; solo se oía el rumor apenas perceptible, de doce respiraciones fatigosas. Cada uno de los doce hombres llevaba el puñal entre los dientes, y la espada y el arcabuz en bandolera.

Amenazados por dos muertes, el hacha arriba y el río abajo, suspendidos por decirlo así entre ellas, los doce apóstoles subían hacia lo desconocido, sin verse entre ellos, sin casi adivinarse, envueltos en las sombras espesas de una noche tormentosa.

Como es consiguiente, los más estropeados por el movimiento oscilatorio, los que más sufrían en aquella penosa y temeraria ascensión sin precedentes, eran el marqués y Bernardo. Este, sobre todo, debía soportar los choques en toda su violencia. Però como él mismo dijera, era joven y de hierro; reíase de la torre, que no lograría destruirlo.

Menos optimista que él, el marqués no se atrevía á esperar tanto. Por desgracia para él, al chocar por primera vez contra el muro la cadena humana, su pecho hubo de estrellarse con fuerza contra el ángulo agudo de una faja de granito; y aunque no quedó aplastado por el formidable choque, abriéronse las mal cicatrizadas heridas que recibiera en el patio de los proveedores en el castillo de Vincennes, y su sangre comenzó á correr con alguna abundancia.

¡Con qué angustia contaba los nudos, al observar que sus fuerzas se agotaban! Parecíale que la ascensión hacíase más lenta á medida que se acercaban á su término. Zumbábanle los oídos, sus músculos perdían la elasticidad. Midiendo entonces mentalmente la

increíble temeridad de su empresa, comenzaba á desconfiar del éxito de la misma.

Un golpe de daga dado allá arriba bastaba en efecto para precipitarle, á él y á sus once compañeros, en el abismo, condenándoles á una muerte inevitable. Un defecto cualquiera en la obra de albañilería, un descuido que hubiese podido tener Glorieta, y todo el enorme peso hundiríase de pronto, enterrando en el fondo del Sena vidas y esperanzas.

Sin embargo, seguía subiendo.

El alma estaba adueñada del cuerpo, y le decía:

«Llegarás, guñapo.»

Ya habían salvado la mitad de la distancia, y á medida que los ascensionistas se alejaban del agua, las oscilaciones de la cuerda se hacían menos duras, no obstante continuar la violencia de la tormenta. Comenzaban ya á respirar los apóstoles, cuando todos ellos percibieron distintamente una sacudida que con seguridad no imprimía al cable el esfuerzo de la borrasca. Ninguno de ellos podía, ni aún pensar siquiera, en que en aquel momento Glorieta y Fiamma se suspendían heroicamente á la misma cuerda para evitar que el capitán de Bervic las encontrase en la plataforma. Por eso, ante la posibilidad de un peligro ignorado, sintieron aquellos hombres que la sangre se helaba en sus venas, y el movimiento ascensional quedó brusca-mente suspendido.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Sed de Amor.

El marqués no podía contestarle. Dió en voz baja una orden perentoria, y transcurrieron dos minutos

antes de que llegase transmitida de boca en boca hasta la cabeza de la columna. Por fin llegó la respuesta que enviaba La Fraicheur. Ismael había creído ver que brazos gigantes saliendo de enormes mangas se agitaban sobre su cabeza, y vencido por el miedo se resistía á continuar subiendo.

Ni que decir tiene que lo que Ismael tomara por brazos enormes no era otra cosa que las piernas de las dos muchachas, descubiertas por el flotar de sus faldas á merced del viento.

La desesperación del gran marqués era infinita.

— ¡Es preciso subir; cruz de Cristo! — murmuraba angustiado. — Y ya no puedo más, mis fuerzas se agotan por momentos...

Sed de Amor había oído estas palabras. Al levantar la cabeza, alarmadísimo, con deseos de penetrar el significado de las mismas, recibió en la frente algunas gotas de un líquido tibio, gotas que enjugó con una de sus manos.

— ¡Sangre! — dijo. — Ahora comprendo...

Y como al enjugar su frente viera ciñendo la muñeca el brazalete que le diera Fiamma, una confianza infinita se apoderó, invadiéndolo, de su ánimo contristado. Precisamente su mirada había sido herida por la vista del *granate*, protector, y del *berilo*, acelerador. El éxito de la empresa se le antojó entonces indiscutible.

— ¡Sursum corda! — murmuró decidido; — si es preciso subir, subiremos.

Y poniendo al servicio de su viril resolución su fuerza prodigiosa y su valor indomable, acometió, lle-

vándolo á buen término uno de esos milagros de audacia imposibles de concebir por la imaginación más exaltada.

Adelantando con grandes precauciones la altura de uno de los nudos pasó bruscamente su cabeza por entre las piernas apartadas del gran marqués quien quedó de este modo montado sobre los hombros del temerario joven.

— Aun no me habéis dicho quién nos espera allá arriba, monseñor, — le dijo para quitar importancia á su acción inaudita.

Una voz que más que tal era un suspiro murmuró á guisa de contestación:

— Glorieta.

— ¿Es posible? Y nosotros aquí detenidos, mientras la vida de la mudita corre tal vez peligro inminente... No soltéis la cuerda, señor, y dejadme hacer... Elevad las manos una después de otra, sin prisas, sin separarlas mucho...

Una crispación animal sacudió la cuerda. Semejante á una bestia de seis patas, el grupo formado por Bernardo y el marqués que parecían empotrados uno en otro se elevaba.

— ¡Aguanta firme! — rugió una doble voz casi al oído de Cortomontel, asustado del enorme peso que sentía sobre sus riñones. — Pasa la orden; que todo el mundo se incorpore al cable si no quiere morir condenado... ¡Cuidado! ¡Pedro y Pablo suben!

El anuncio del fantástico esfuerzo se repitió varias veces en el silencio de la noche medrosa.

— ¡Teneos bien; agarraos con fuerza!

Motivada estaba la recomendación.

El ex-bandido se sintió ahogado por la presión de cuatro brazos musculosos, de dos muslos nervudos. Luego pudo respirar. La bestia desaparecía por encima de él, estrechando enseguida el cuerpo de Gualberto.

Y sin dejar de subir á pulso, pasando uno tras otro sobre los cuerpos que marcaban cada uno de los nudos de la cuerda, el monstruo contaba á media voz, aplicando á cada apóstol el signo de reconocimiento á que tenía derecho.

— Andrés, *cruz decussata* décimo; Santiago el mayor, el del bordón, noveno; Juan el Apocalíptico, octavo; Felipe, *cruz ave*, séptimo.

Llegaban á esta altura el marqués y Bernardo, siempre el primero á hombros del segundo, cuando distinguieron una ventana, iluminada interiormente, de la torre maestra.

— ¡Alto, hijo mío! — dijo el señor de Villanueva.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Sed de Amor sobresaltado.

En el interior del salón á que correspondía la ventana iluminada adivinábase, más que se veía, la silueta de un joven gentilhomme, víctima al parecer de abrumador cansancio.

— ¡El rey, hijo mío! — dijo el marqués.

Y entonces ocurrió una cosa imprevista, inverosímil, única. Dos manos abandonaron la cuerda, agitando cada una de ellas un sombrero en dirección á la ventana.

Pedro y Pablo suspendidos sobre el abismo saludaban al real fantoche que no podía verlos...

Luego continuó la ascensión penosísima.

— Mateo el publicano, sexto; Didimo, llamado Tomás el incrédulo, quinto; Santiago el menor, cuarto; Tadeo el de la maza, tercero; Simón el celoso, segundo... Por fin, aquí está el Iscariote.

En este momento se produjo una escena tan rápida como terrible. No obstante el poderoso esfuerzo que acababan de realizar los dos hombres que parecían no componer más que uno solo, ambos levantaron sus brazos armados de puñales.

— ¡Terminaron tus traiciones, Judas! — dijo una voz.

Y el gitano Ismael soltó la cuerda lanzando ahogado grito. Las dos aceradas hojas habíanse unido en su corazón crucificándole, y enviando su cuerpo al Sena cuyas aguas se abrieron para recibir el cadáver.

— ¡Subamos apóstoles! ¡La victoria es nuestra! — dijo la voz conmovida del gran marqués.

Y el rosario de cuentas vivas rodó de nuevo.

El monstruo formado por los dos hombres tocó por fin los últimos nudos. Su perfil hiperbólico destacóse en la cornisa almenada de la torre como si desafiase á la noche, á la tormenta, al cielo, y enseguida cayó, desdoblándose, en la plataforma.

Oyéronse entonces cuatro besos y algunas frases, entrecortadas por la emoción:

— ¡Niña admirable!

— Monseñor...